

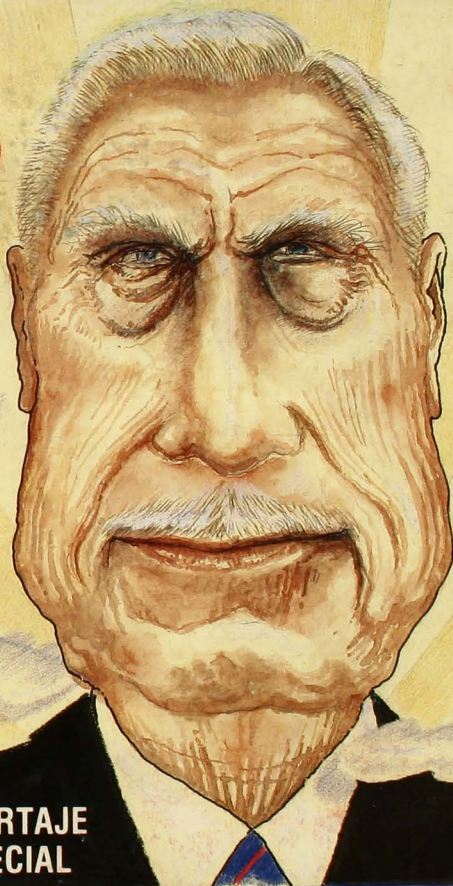
APSI 206

MUERTOS DEL
FRENTE PATRIÓTICO
ENTRETELONES
DE UNA CACERIA

POR EL DERECHO A NO ESTAR DE ACUERDO
Del 22 al 28 de junio, 1987 \$ 290 (IVA incluido)
Recargo flete I, II, XI y XII Regiones: \$ 20

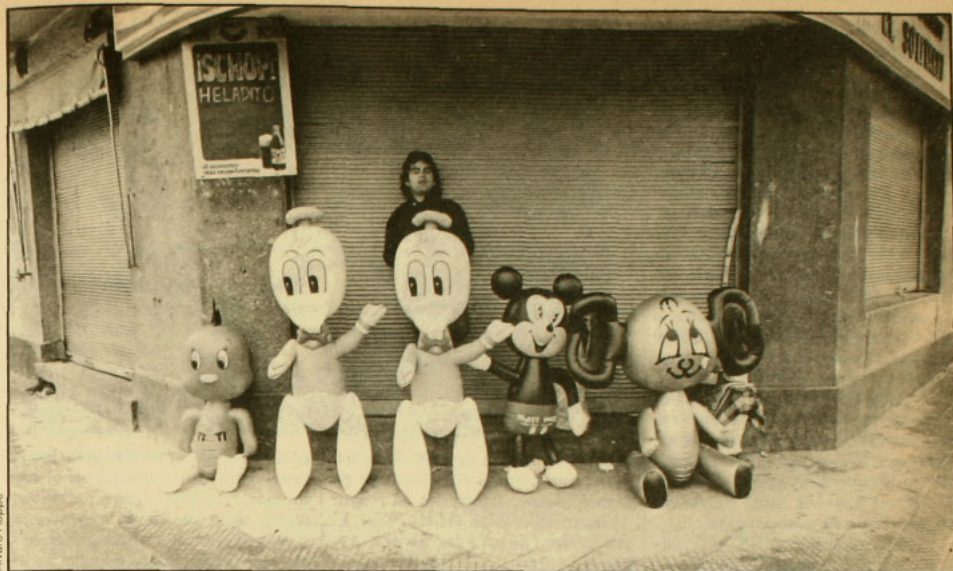
26
ANIVERSARIO

1973
1997



REPORTAJE
ESPECIAL

**PESADILLA
DE FIN DE SIGLO**



Juventud chilena en los 80

La esperanza acorralada

Pedro Lira

Para Chile, 1985 fue el año en que ha habido más población juvenil en toda su historia. Según el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade), 2.455.000 jóvenes entre 15 y 24 años vivían entonces en el país. Desde ese momento, los chilenos en ese tramo de edad han disminuido. Una proyección del mismo organismo indica que en el año 2000 la población juvenil será de 80.000 personas menos que en 1985.

El fenómeno llama la atención, pero hay una explicación bastante lógica. Los investigadores Oscar Corvalán y Erika Santibáñez, del Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), afirman: "En la década de los sesenta había esperanza en el futuro; por lo tanto, los matrimonios expresaban su optimismo aumentando la familia. Los niños engendrados en esa época son los jóvenes de hoy. En contraposición, y debido a las carencias económicas posteriores, las parejas tienen pocos descendientes porque hay escasas perspectivas en el futuro".

Cuando la realidad de la juventud chilena se analiza a la luz de lo que debería ser una persona de esta edad, es posible concluir que se están dando anomalías importantes. Los especialistas indican que la juventud constituye un período intermedio que comienza con la madurez fisiológica y termi-

na con la madurez social; es decir, con la adquisición de los derechos y responsabilidades sexuales, económicos y sociales del adulto. Agregan los entendidos que los años juveniles no son los mismos para los distintos grupos sociales. Por ejemplo: es factible que el período juvenil sea más prolongado en los

estratos medio y alto que en la clase baja, situación que se da dependiendo de las necesidades económicas de cada grupo.

Una visión desde adentro del mundo joven refleja el desaliento que sienten los muchachos frente a su desarrollo en Chile. Los educadores Juan Eduardo García Huidobro y José Weinstein, también del CIDE, aplicaron una encuesta a 296 estudiantes (63 por ciento de hombres y 36 por ciento de mujeres) de terceros y cuartos medios de once colegios particulares católicos, cuyas edades oscilan entre los 16 y los 19 años. Una de las interrogantes del trabajo consistió en que los requeridos debían decir si estaban de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente frase: "Los jóvenes de hoy tienen abiertas muchas posibilidades de estudio y trabajo". La respuesta mayoritaria apuntó a constatar la falta de oportunidades existentes en el Chile de hoy para los adolescentes. Un 70,6 por ciento de los encuestados estuvo en desacuerdo con la afirmación, el 15,2 por ciento dijo no tener

una opinión clara y sólo un 13,2 por ciento precisó estar de acuerdo con la frase presentada.

Si esta es la opinión de personas que pertenecen a grupos de ingresos medios y altos, lo más factible es que los jóvenes del mundo popular tengan una visión más negativa. En su libro *Situación socio-laboral de la juventud chilena*, Corvalán y Santibáñez indican que las tasas de desocupación de los adolescentes y jóvenes de estratos bajos en 1978 dan a entender que de nueve jóvenes pobres, cinco o seis estaban desocupados. Hoy —agregan— esa situación se mantiene o ha empeorado.

Al respecto, una encuesta llevada a cabo por SUR Profesionales en 28 zonas poblacionales de Santiago indica que, en el segmento juvenil (incluyendo PEM y POJH), a fines de 1985 había un 48 por ciento de desocupados.

Sin considerar las diferencias por estrato socioeconómico, la cesantía juvenil global también presenta cifras estimadas por los entendidos como graves. Para el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), en el período abril-junio de 1986 había en Chile cerca de un millón de jóvenes desocupados.

Si las altas cifras de desocupación juvenil se han mantenido estables en los últimos diez años, se estaría frente a un fenómeno estructural. Los investigadores del CIDE opinan que este hecho se debe al cambio de estructura de desarrollo implementada en Chile: se ha pasado de un esquema de sustitución de importaciones (creación de industrias productivas), vigente hasta 1974, a un esquema donde prima la creación de empresas del rubro servicios, las que ocupan muy poca mano de obra.

DURO GOLPE

Analizando lo que pasa con los jóvenes al interior de cada capa social, se observa que los integrantes de los estratos bajos presentan tasas de desocupación cercanas al doble de las que hay en los niveles medios y cinco veces superiores a las que existen en las clases altas. Es esta inactividad la que configura un inmovilismo —permanencia física— de los jóvenes pobres al interior de sus poblaciones. Alfredo Rodríguez, de SUR, sobre la base del trabajo realizado en 28



zonas periféricas de Santiago, expresa que hoy día el porcentaje de juventud en poblaciones es mayor de lo que era hace veinte años. El predominio de este segmento constituye —según él— una de las características más singulares del sector poblacional: "Son ellos los desocupados, son ellos los allegados", concluye el investigador.

El hecho de que el mundo juvenil de la población chilena haya tenido en los últimos años mayor acceso a la educación no le ha ayudado para mejorar su estatus laboral. Según la investigación del CIDE, en la década de los 80 el promedio de años de escolaridad de los jóvenes activos (potencialmente aptos para laborar) es de nueve años. Hay ejemplos aclaradores: si a comienzos de los 70 los jóvenes cesantes con siete a nueve años de escolaridad eran el 2,8 por ciento de la fuerza laboral juvenil, a inicios de los 80 ese porcentaje había ascendido al 20 por ciento.

Las razones de esto no son difíciles de explicar. Primero, para un empleador que no necesite personal calificado (técnico), le es más barato tener como empleado a una persona con menor nivel de instrucción; segundo, es muy probable que un muchacho cesante de clase alta o media pueda soportar su situación debido a que la familia lo mantiene.

El traspaso de un modelo de desarrollo industrial a uno donde se le ha dado más importancia al sector servicios, ha significado también un duro golpe a la población laboral de menor edad. Mientras

en 1970 el 49,8 por ciento de los jóvenes estaban ocupados en el sector comercio y servicios, en los primeros años de los 80 esa proporción había subido al 54 por ciento. Mirando el deterioro de este sector desde otro ángulo, mientras en 1983 hubo 98.700 menores de 24 años insertos en los programas de empleo mínimo, sólo 75.300 jóvenes se desempeñaban como obreros asalariados.

En cuanto a las remuneraciones, el trabajo del CIDE dice que tradicionalmente el costo de la mano de obra juvenil ha estado cercano a la mitad del costo de la mano de obra adulta. Respecto a los horarios de trabajo en 1984, tomando como antecedente el que la legislación limite la semana laboral a 48 horas, de 676.500 trabajadores entre 15 y 24 años, 167.000 laboraban más de 49 horas a la semana.

2.340 HORAS LIBRES

Todos estos datos van dando la pauta de la situación en que se halla la juventud en el Chile del presente. Unos la denominan postergación; otros la llaman estado de marginación. El resultado, entre otros, es la pasividad, la pérdida de identidad, las drogas y la delincuencia. Luis González, del Programa Interdisciplinario de Investigación en Educación (PIIE), indica que el tiempo libre es muy importante en la formación de los jóvenes, pues permite que éstos vayan configurando pautas culturales a través de distintas agrupaciones. Cuando esto no se logra —es

el caso de los cesantes que se mantienen así por mucho tiempo— las conductas anómalas pasan a predominar. Según un estudio suyo, un joven cesante dispone de 2.340 horas libres al año, las que por lo general no emplea en actividades integradoras.

Ejemplos de desintegración social por parte de la juventud chilena hay varios. Un primer caso: en 1971, el 45 por ciento de los hijos nacidos de madres entre 15 y 19 años eran naturales, mientras que en 1981 ese porcentaje subió por el mismo grupo de edades al 86 por ciento. Por otra parte, el 12 de noviembre de 1985, el suplemento *De Mujer a Mujer*, del diario *La Tercera*, afirmó que el 78 por ciento del total de niños ilegales eran hijos de madres solteras

menores de 15 años.

Un segundo caso: la mayoría de los jóvenes desocupados entre 20 y 24 años no pueden ser jefes de hogar porque no tiene medios económicos para mantener una familia. Al respecto, una encuesta de ocupación y desocupación de la Universidad de Chile indica que sólo el 4,6 por ciento es cónyuge y el 72 por ciento vive con su familia. En la misma línea, el trabajo de la CEPAL *Juventud y exclusión social* dice que un 54 por ciento de los jóvenes casados habita con sus padres y un 21 por ciento reside como allegado en otras familias.

Un tercer caso: de acuerdo a la Vicaría de Pastoral Juvenil, en 1984 el 56 por ciento de los jóvenes reconoció consumir marihuana y otras drogas en forma recurrente,

mientras el 85 por ciento dijo ingerir alcohol con cierta periodicidad.

Cuarto caso: datos del INE precisan que en 1984 hubo en todo Chile 157.855 detenciones a jóvenes entre 16 y 20 años. La causa principal —el 53 por ciento de los casos— fue el robo.

En los años sesenta había esperanza, afirma Oscar Corvalán. Eso se reflejaba, entre otras cosas, en que los estudios sobre la juventud se centraban, principalmente, en el acontecer universitario. Allí había futuro. Actualmente, el proceso se revirtió. Es la juventud del mundo popular el actor protagónico de las investigaciones, pero allí no hay confianza en el futuro. Los setenta y los ochenta han significado perderla. *

OPINION

¿Todos contra la UF?

Juan Eduardo Herrera

En la actual discusión pública sobre la UF han tendido a confundirse situaciones diferentes y a generarse actitudes y posiciones demasiado simples para un problema que no lo es tanto.

Para comenzar, parece útil diferenciar dos cosas que son distintas aunque ambas son reales: en primer lugar, la existencia y funcionamiento en la economía de un sistema de reajustabilidad para distintas variables económicas, y, en segundo, la situación actual de un gran número de deudores en UF, en especial los grupos de menores ingresos deudores de dividendos habitacionales.

Respecto al primer tema, pienso que en general habrá acuerdo en que, para una economía con inflación, resulta indispensable y conveniente la existencia de algún sistema de reajustabilidad. Ello es especialmente válido como un mecanismo de protección del valor real de los ahorros, y como un instrumento que contribuye a racionalizar la toma de decisiones económicas de mediano y largo plazo para personas, empresas y toda clase de unidades económicas. La ausencia de mecanismos formales de reajustabilidad *no* defiende los intereses de los grupos de menores ingresos; por el contrario, favorece las maniobras especulativas y ventajistas de los sectores ubicados en posiciones de poder e influencia, en desmedro justamente de los asalariados y grupos más débiles.

Desde ese punto de vista, el sistema de la UF no es más que un mecanismo de reajustabilidad único basado en la variación del índice de precios. Como tal funciona adecuadamente y no está claro qué ventajas podrían derivarse de su eliminación.

Pasando ahora al segundo tema, digamos de rechamante que la difícil situación de los deudores

habitacionales de menores ingresos merece algún apoyo del resto de la comunidad nacional. La grave crisis económica y financiera de 1982-83 fue un terremoto económico-social que alteró profundamente muchos valores y equilibrios relativos en la economía. El mecanismo del dólar preferencial, los sistemas de reprogramación de deudas bancarias y la compra de carteras riesgosas son ejemplos claros y caros de subsidios entregados a los empresarios. Es de absoluta justicia que también se apoye y compense a otros sectores de la economía que igualmente fueron víctimas de fenómenos fuera de su control. Los sectores de ingresos medios y bajos, que contrajeron deudas en UF para la compra de su casa, y luego se enfrentaron a una considerable reducción de sus remuneraciones reales, o a la pérdida de su empleo, necesitan y merecen también un apoyo.

Como medida inmediata propondría que se recalculase el dividendo habitacional de todos los deudores SERVIU y de los deudores hipotecarios bancarios de créditos menores a 1.000 UF, aplicándoles el aumento del índice de remuneraciones en lugar del aumento de la UF, desde el inicio de su deuda. El Banco Central debería compensar a los bancos dicha diferencia a fin de no perjudicar a los compradores de las letras hipotecarias (en su mayoría correspondientes a las AFP).

Para terminar, y aunque ciertamente el tema merece mucho mayor extensión, dos palabras sobre la evolución de las remuneraciones y la UF.

Estoy por la protección y la defensa de los ingresos reales de los trabajadores; pienso, sin embargo, que aquéllos no dependen de la existencia o inexistencia de la productividad y la UF, sino de factores tales como su poder de negociación, la evolución de la productividad y la política pública al respecto. Los antiguos sistemas nacionales de reajustes legales, por ejemplo, eran una herramienta útil y un apoyo para los asalariados.